



UNDÉCIMA VISION

A cada acto infernal de aquel lúgubre drama, el semblante de los dioses radiaba de infame júbilo, conociéndose en ellos el inefable placer que les causaba el dolor humano, y cuanto más ultrajaba á la naturaleza aquel entretenimiento feroz, más frenéticos eran sus aplausos de aprobacion y más les entusiasmaban los tormentos que presenciaban. Pero mientras que la inmensa sala se estremecía al estallido de aquellos aplausos, únicamente Nemphed estaba taciturno, pensativo, con la vista baja y como si le acosara alguna idea fija: su inseguro imperio era para él un peso abrumador y conocia que su efímero reinado se le escapaba de las manos para siempre.

—«Encumbrado decia entre sí durante la horrible fiesta, encumbrado á fuerza de astucia á esta sublime cúspide, ¿podrá mi pié mantenerse del mismo modo en equilibrio en ella? En semejantes alturas todo viento es peligroso: cualquier ódio mide y devora mi vida. Hasta aquí he podido aplacar las oleadas de la ambicion, echando á cada ambicion una presa: para contenerlos los he opuesto unos á otros en el mar de placeres en que mi industria los encenaga, y así como un arquitecto apuntalando las pareces de una bóveda, sostiene mediante su solo contrapeso esas enormes piedras amenazadoras suspendidas sobre el vacío, así tambien yo camino temblando bajo la pérvida bóveda de ódios, rivalidades y conjuraciones, que mi habilidad logra sostener un momento; pero una sola

mirada, una palabra, un ademán llegaría á desprender de ella una piedra, tras esta se derrumbarían las demás, y yo perecería aplastado bajo mi edificio. Sí, los dominaré mientras se odien; mientras, mantenidos por mí en esa lucha ardiente de encontradas aspiraciones, teman verse arrastrados en mi posible caída; mientras crean tener cada uno su parte en mi reino, mientras sus ambiciones sean mi salvaguardia, y para contar con sus brazos y sus servicios, disponga yo de más alimentos que vicios tienen ellos!

»Para satisfacer y aplacar sus deseos, he de comprar á costa de una maldad cada hora de mi vida; pero su instinto sanguinario, su sed de tiranía, agota al fin mi genio, lo confieso: sus corazones no se sacian con maldades, sino que aspiran á más, y si llegaran á despertarse algún día, ya no habría reposo para mí. Si dejara de sujetar su brutal energía á fuerza de orgías y de esperanzas, mi trono caería hecho pedazos á sus piés. Ya se atreven á escatimarme mi grandeza; ya ocultan su insolencia bajo un fingido respeto, traman en silencio complots y las ojeadas, las señas, los cuchicheos, crujidos precursores de un poder vacilante me indican que es tiempo de revolver con el dedo el cieno que fermenta bajo esa superficie durmiente, si no quiero que el mortífero miasma se escape para perderme y truene sobre el altar!

.....

.....

»Asrafiel es el que más desasosegado me trae, el que me hace más sombra. No sé qué disgusto nubla su semblante; parece que hastiado ya de molicie y de placeres, siente más elevados deseos que excitan sus pasiones, y que la aguja la audaz esperanza de ocupar el rango supremo, alentado por mis mismos favores. ¡Apresurémonos pues á domeñar ese soberbio ambicioso, inspirándole más afanosos deseos para que su corazón ocioso no aspire á remontarse hasta estas alturas y su pié rehacio no destruya mi imperio. Todos los dioses inferiores tiemblan á su presencia; sería mi vencedor si no fuese mi apoyo: su viciosa complexión me protege contra sus

atentados y su necesidad le hace caer muy pronto en cualquier lazo con tal que la belleza le sirva de cebo: pues bien, pongámosle uno nuevo que le atraiga, ofrezcamos más hermoso aliciente á sus ardores obscenos; echemos una reciente brasa en sus venas para inflamarle, y mientras espere no intentará nada. En tanto que le embriague ese narcótico de los sentidos, el ardiente letargo de ese hombre lúbrico y vil tendrá más indignamente ocupada su brutal energía, y encadenado, cautivo en innobles lazos, dos débiles brazos de carne me preservarán de los suyos. ¡Indigno escabel del trono á que su molicie aspira, que roa ese perro un hueso, y que olvide un imperio!.....

Así incubaba Nemphed la hiel de su grandeza, y luego dirigiendo á Asrafiel una rápida mirada de soslayo, y como si deslizara negligentemente en el seno de la amistad una idea no madurada aún, exclamó en alta voz:

—Mantenedores de mi poder, esclavos de un solo señor, sí, pero esclavos reyes, cada uno de los cuales formado de la carne que á todos nos analtece, descuella debajo de mí sobre las cabezas de los demás hombres! Sabed que he ahogado en la sangre del traidor Adonai el sueño desvanecido de la sedición: el pueblo, á quien agitaba la voz de su profeta, se arrastrará algún tiempo cual descabezada serpiente que se retuerce aún en el polvo del surco, pero que se agita en vano, perdido su aguijón. El corazón de todo este pueblo estaba con él, pero su veneno ha muerto en su sangre juntamente con su doctrina. Desconcertado por tal golpe, fácil nos será extirpar de su seno y lanzar al viento su libertad, y ahogar en su germen impío la idea de igualdad tan criminal como insensata! Pero ese germen infernal, esa vil ponzoña del corazón, renace siempre vencedor del pié que lo aplastó: todos nuestros esfuerzos para arrancarle del suelo son vanos; no parece sino que la sangre lo hace circular por las venas. Un solo antídoto hay contra ese veneno: el embrutecimiento de la razón humana: la ofuscación de esas razas esclavas que les hace adorar de rodillas sus cadenas. ¡Tengámoslas humilladas para ser

más grandes que ellas! No permitamos que se comparen jamás con nosotros: así como las superamos en inteligencia, aventajémoslas también en corpulencia; que nuestros miembros divinos, medidos por codos, les infundan respeto al contemplarlos, y creyéndonos dioses, ni siquiera serán hombres. Nuestro principal prestigio es la belleza divina; pero hace algún tiempo que esta cualidad va desmereciendo en nosotros, y no sé qué afrentoso olvido de la naturaleza hace que nuestra frente descienda hasta el nivel de las suyas; la fuerza de los gigantes mengua á la par de su número. La majestad del cielo palidece en nuestro aspecto, y la vista desilusionada comienza á dudar del respeto que se nos debe. Los envenenamientos, los asesinatos y la guerra han aclarado las filas de los señores del mundo, al paso que el pueblo, saliendo más multiplicado de su lodo, se atreve ya á levantar los ojos para contarlos y ve con asombro cómo decrece la cima del enervado templo diezmado por nuestro brazo. ¡Ay de nosotros el día en que contemplando la degradación á que ha llegado, se atreva á profanarlo, en que nuestra postración le aliente, y en que nuestra debilidad le haga conocer su fuerza! ¡Ay de nosotros si llega ese día? Todos quedaríamos sepultados en el polvo de nuestros pies y el audaz genio de la libertad derrumbaría la tiranía sobre los tiranos! Pero la fatalidad, único dios del más fuerte, y sobre todo mi genio, alejarán semejante peligro de nuestras cabezas. La audacia y nuestro prestigio nos servirán para fabricar su yugo; nos valdremos á tiempo de un prodigio y los deslumbraremos para esclavizarlos mejor. La naturaleza ha trastornado sus leyes para venir en nuestra ayuda, y en su magnificencia, nos ha deparado dos seres en los que ha agotado la tierra todo su poder, encanto de los ojos, obra maestra de sus manos, belleza que ofusca la belleza de los humanos, y cuyo arrogante aspecto y extraordinaria gracia harían que hasta los mismos dioses cayeran de amor á sus pies. Expongámoslos, pues á la doración del pueblo en el altar en que la superstición languidece; sea el hombre el símbolo y de nuestra magestad; convirtamos á la

mujer en idolo y sea la belleza de los dioses revelada á los mortales, recibiendo aquí el incienso de nuestros altares. El corazón mismo carece de defensa contra semejantes atractivos; la persuasión brotará de sus encantos, y ese pueblo, al verla resplandecer sobre él, nos considerará tan grandes como grande es su belleza!»

La turba de los dioses prorumpió en ruidosos aplausos.

—Pero esto no basta, prosigió diciendo el pérfido Nempheo. Con arreglo á mis designios, es necesario que ese ser encantador se convierta en instrumento de un prestigio más seguro; es preciso que su belleza se perpetúe en nosotros; que siendo diosa la prostituya el amor en brazos de los dioses, y que, encerrando en su seno su tipo gigantesco, restaure, engendrándola, la raza de Baal! ¡De este modo evitaremos que la estirpe de los gigantes descienda del rango en que estamos al nivel de los hombres. Yo podría guardarla para mi celoso amor; pero el interés comun exige que se la entregue á otro esposo. Mi voluptuosidad severa es el imperio del mundo; ¡que el cielo la fecunde con sus amores divinos! ¡Sea para todos vosotros objeto y premio de las hazañas gloriosas llevadas á cabo en pro de mi trono!

Guardó silencio: por tal manera supo derramar el aceite ardiente sobre el incendio, despertando la lujuria embotada de los gigantes, pérfidos confidentes de astutos proyectos, ocultaban en tanto su pensamiento, y manifestaban su aquiescencia con los ojos, pero buscando en su alma, bajo el pulimento del hierro, el cortante filo de la hoja.

Entre tanto, así como á la hora del crepúsculo los pastores del desierto, sentados al borde de los pozos, hacen que acudan sus camellos desde la estéril llanura y que desfilen sus rebaños á su presencia, mientras que sus muchos criados van enumerando los cachorros al mayoral de los pastores, así también, para recrear la vista del rey de los dioses, desfilaba lentamente por los sagrados atrios la innumerable muche-

dumbre de su pueblo envilecido, humillando ante un solo señor millares de frentes abyectas.

Al resonar sus pasos silenciosos sobre el pavimento regado con su sudor ó con sus lágrimas, semejaban á la lluvia que cayendo sin ruido sobre el follaje de los bosques, apenas hace que tiemblen sus sonoras paredes. Extendiéndose serpenteando á la manera de interminable cola, su compacta inmensidad se desarrollaba por leguas. Implacables pastores empuñando cetros, guiaban aquellos rebaños humanos golpeándolos sin cesar. Serendyb los iba enumerando en alta voz; su muchedumbre descendía y subía de nuevo cual fluctuante oleada que hincha sin fin el lecho de los mares; espuma que humeaba á los piés de aquellos gigantes. Su abyección impresa en su actitud revelaba la impostura de sus profanadores: jamás erguía su abatida frente como el hombre que ve en otro hombre su igual: sus piés no sustentaban su cuerpo derecho sobre su base, sino que á la manera del bruto inmundo, abrumado por un pesado aparejo, y soportando los golpes que les descargaban con varas de hierro, pasaban ó se arrastraban más bien con la vista fija en el polvo. Conociase que estaban enervados hasta la podredumbre, que habian abdicado su naturaleza hasta la médula de sus huesos y que el vicio los habia hecho descender hasta ese último grado en que aquello mismo que nos degrada es sagrado á nuestros ojos!

Desfilaban, separados en grupos sin número; rompian la marcha asquerosas cuadrillas de ancianos demacrados, vestustas reliquias ultrajadas, viles deshechos de ganados, cuyos huesos mutilados asomaban á veces á través de la piel, y que por todo traje llevaban sùcios andrajos agujereados, llenos de miseria, que sujetaban con sus manos, dejándoles el pecho descubierto. En sus enjutos costados podian contarse las costillas; y únicamente por los contornos de los senos, sin jugo alguno desde luengos años, y por sus rugosas ondas, podia conocerse á las madres sin hijos con sus pechos vacíos. Del propio modo que el viento del invierno empuja blancos copos

de nieve medio derritidos mezclándolos con el fango en que el árbol ha sacudido los restos de su follaje, así iban pasando aquellas nevadas cabezas entre las cuales se veian algunos cráneos desnudos y la viejas espaldas descarnadas de los cuerpos prosternados.

Los dioses los escarnecian con palabras amargas, sin pensar que tal vez insultaban á sus propias madres, y al pasar los examinaban con mirada cruel y desdeñosa. Calculaban la sangre que podia correr por sus exhaustas venas, y cuando presumian por la postracion de su abatido aspecto y por otros indicios precursores de la decrepitud, que alguno de aquellos viejos, vencido por las penas, habia vivido bastante para servir y sufrir, lo separaban de sus compañeros y lo arrojaban al rio, del propio modo que se arrojan á las cloacas los animales inmundos; y los perros, avisados por sus gritos de que se les deparaba una presa humana, aguardaban en la orilla sus restos para devorarlos!

Tras los ancianos seguian los hombres de mediana edad, ganado vigoroso y rudo de aquellos crueles pastores, consagrado por el látigo á las fatigas y sudores del trabajo; hombres, mujeres, mezclados como un rio que corre al capricho de las ondas, al azar que los empuja, sin que los unieran esos vínculos sagrados, esos dulces sentimientos, deliciosos imanes de los corazones enlazados por Dios; sin conocer entre ellos hijos, ni hermanos, ni hermanas empujando quizás á su madre ó pisando á su padre sin que hablara á su corazón su sangre enmudecida, sin que una mirada se revelara á la mirada incierta.

Cual ladradora jauría ó balador ganado marchaban confundidamente en innumerable ejército, separados solamente con arreglo á sus oficios, á medida del capricho de sus tiranos y segun sus respectivas aptitudes. Los unos, con el cuerpo encorvado y uncidos por parejas con correas, arrastraban pasados carros por los rudos carriles, ó como bueyes ensangrenados por el aguijon, soportaban los rayos del sol abriendo abrasados surcos. Al ver sus cuerpos desgarrados por horri-

bles suplicios, conociase los innobles servicios á que estaban dedicados: la costumbre adquirida les hacia tener siempre encorvada la cabeza y el cuello, y sus nuca conservaban las huellas de los yugos. Los otros excavaban las canteras de mármol ó de pórfido para tallar ó aserrar las piedras, y perecian á millares aplastados bajo aquellas moles siempre que tenian que moverlas ó levantarlas para formar pilares: casi todas aquellas acélimas humanas estaban más ó ménos mutiladas, y su cuerpo no era con frecuencia más que la mitad de un hombre. Y los otros, por fin, estaban enseñados á fundir los metales, á cincelar el bronce, á tallar los cristales, á forjar espadas de acero en el yunque, á fabricar tejidos de seda ó pluma, á tocar instrumentos melódicos para halagar los oídos de los dioses, á adornar las paredes de maravillosas pinturas y colores para recrear su vista, á trasladar al mármol con artística habilidad, el rostro y los contornos del cuerpo humano; á amasar manjares para sus paladares soberbios, á perfumar los vientos con las aromas de las flores, y para ofrecérselo todo, desde el hisopo hasta el incienso, á inventar tantas artes como sentidos tiene el cuerpo.

Plegados por el hábito á tan diversos trabajos, cada cual conservaba la actitud que le hacia tomar su oficio, echándose de ver que se había puesto especial cuidado en convertir en herramientas animadas á todos aquellos seres embrutecidos, y que, bajo el dominio de sus tiranos, la imbecil esclavitud convertia en máquina vil la imágen de Dios!

Así pasaban y pasaban, esqueletos del hambre, con el instrumento de su arte levantado. Los dioses miraban á aquella turba inmunda y grosera como la empinada roca ve pasar el polvo; y ni siquiera se dignaban echar una rápida ojeada sobre aquella adoracion de tan bajo emanada.

Algunos tiranos subalternos, dioses inferiores encargados de este cometido, los contaban á su paso. Conocíanlos á todos por su nombre y por su oficio; pero cuando les hablaban, sus palabras eran golpes, persiguiendo el alma para domar mejor el cuerpo. Si veian que entre un hombre y una mujer se for-

maba uno de esos fuertes lazos, uno de esos santos amores que pasa de los sentidos á los corazones y los une para siempre, recelosos de que ese vínculo que estrecha la naturaleza engendrara los nombres de hijo, esposo y padre, secundaban el instinto para hacerlo pedazos luego, impedian que se formara entre ellos el núcleo de una familia, relegaban su ternura al mismo grado que el amor de las bestias, y arrancando á la amante de los brazos de su esposo, la entregaban sucesivamente en los de otros hombres para que ninguno de ellos conociese el fruto engendrado por todos!

Tal era el pueblo: á continuacion de aquella crecidísima muchedumbre compuesta de gente de todo rango, arte y sexo, seguia el inmenso enjambre de las doncellas: dulce primavera que aguardaba para marchitar las guirnaldas segadas por ella el hálito ponzoñoso de la impura crápula. Largos velos flotantes adornaban sin ocultarlos sus púdicos atractivos. Los más armoniosos instrumentos, que vibraban cadenciosamente, imprimian á sus pasos el donaire de una danza; la música regulaba sus genuflexiones, y dirigia las mil inflexiones de su prolongada fila. Así como se ve en otoño una interminable calle de álamos blancos que parecen remontarse á las nubes, inclinando á la vez sus copas ante la furia del alquilon y que se enderezan de pronto como una sola caña, así también aquellas vírgenes, desfilando por el divino recinto, se inclinaban en presencia de la santa obscenidad. Los dioses extendian sus manos infundiendo el horror en las tiernas bellezas víctimas de su eleccion; y á aquella señal, ciertas, impúdicas matronas las acercaban á los tronos haciendo caer el velo que las ocultaba. La burla impura ó la admiracion, vergonzosos preludios de la prostitucion, circulaban entre carcajadas por la celeste cohorte, infringiendo ultrajes con la vista y profanando con el ademan. Las lágrimas de aquellos hermosos ojos eran el único incienso que parecia distraerles y halagar sus sentidos.

Venia en pos de ellas el tropel de niños, conducido ante los dioses por madres postizas; miserable rebaño mezclado

cada día, al que se hacia cambiar de madre y de leche por miedo de que la nodriza, cobrando cariño al hijo efímero, llegase algún día á quererle cual madre verdadera. Desfilaban tiernas criaturas, desde la edad en que se mudan los dientes hasta aquella en que buscando afanosas el pecho que las amamanta, y llevadas en brazos ó á la espalda, solo saben sonreír ó llorar, ó empiezan á dar vacilantes pasos; grupos de blandas carnes y de hermosos y blancos miembros, que pasaban callados por delante de los dioses. Cual blancos corderillos no esquilados aun, que corren confusamente por el prado hácia donde les llama el caramillo y se arrastran balando en pos del rebaño, del propio modo figuraban en el último lugar de la humana revista aquellos frutos, picados ya en el corazón, de la raza degenerada. Y el eco, estupefacto al ver tan tétrico monumento, repetía tras ellos su prolongado vagido!

Todo el pueblo habia pasado ya como la corriente de un río; miserable reliquia de aquella raza nueva que habia llenado la vasta cuenca del mundo! El criminal olvido de Dios y la adoracion de viles criaturas habian reducido á semejante estado la carne deshecha en podredumbres! ¡Aquello era lo único que veía la mirada de Dios cuando sondeaba este abismo profundo, en que el hombre habia caído! Así tambien cuando descende el nivel del Océano, la vista azorado descubre en la desnuda orilla de ese gran vaso que su retirada deja en seco, los misterios de horror de su desconocido lecho: escasas charcas, ciénagas inmundas cuyo estancamiento ha corrompido las ondas, en que espira el mónstruo marino encallada en el cieno, en que el reptil se enrosca al reptil y en que tan sólo el hipopótamo se refocila en el lodo, escarbando y sacudiendo el légamo con su hocico!

Cuando todo aquel polvo humano desapareció de su vista, Nemphed despidió con una mirada á los dioses, y se retiró á descansar á la torre desconocida, como el rayo penetra y se abriga en el nubarrón.



DUODÉCIMA VISION

La noche, durante la cual se entrega el hombre á sus reflexiones, dejando que su corazón haga mella en sus pasiones, difundia por los palacios sus intranquilas sombras, llenas de perfidias y secretas asechanzas. El sueño no depara su benéfico influjo sino á las almas inocentes; y el de los dioses no era más que esa pesada embriaguez de los sentidos, ese tétrico sopor, estupor ó letargo del bebedor desenfrenado que sucumbe á la orgía. Todos aquellos cerebros, en que el miedo se sobreponia al remordimiento, no soñaban durante su modorra sino crímenes y muerte; mientras dormian, desviaban los aceros de sus corazones; y la noche sollozaba, llena del vago rumor de los ensueños.

Bajo aquellos techos convulsivos del adormecido palacio, dos seres tan sólo velaban: Asrafiel y Lakmi. Asrafiel, viendo pasar continuamente ante sus ojos la imágen de la mujer celestial bajada de las nubes, no podia desvanecer ni alejar de sí la suave radiacion que destellaba su frente. A pesar de que sólo vió á Daidha de noche, su resplandor le tenia deslumbrado: sus suaves contornos, sus ojos, sus purísimas facciones nadaban en la atmósfera y flotaban en los muros, y si el gigante cerraba los ojos, pareciale contemplarla mucho más clara y